Derek Raymond

El diablo vuelve a casa

Traducción de Mario Sureda

ediciones
ÁMBAR

001-288 diablo.indd 5 11/05/2009 16:02:16

Título de la edición original: The Devil's Home On Leave
Primera edición en esta colección: junio, 2009

© Derek Raymond, 1984
© de la traducción, Mario Sureda, 2009
© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.
Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)
http://www.ediambar.es

Diseño de portada: OPALWORKS
Imagen de portada: OPALWORKS

Printed in Spain
ISBN: 978-84-92687-00-8
Depósito legal: B-21834-2009

Impreso y encuadernado en LIBERDUPLEX

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

A Peter y Honor Mochan

Les mois d'avril sont meutrieurs.

1

Llamé a una puerta en la segunda planta de una casa lóbrega, una de las doscientas casas lóbregas situada a su vez en una calle lóbrega de Catford.

Poco después oí unos pasos al otro lado de la puerta.

—¿McGruder?

—¿Quién es? —dijo la voz de un hombre—. ¿Quién lo busca?

—Yo —dije—. Abre. Policía.

001-288 diablo.indd 11 11/05/2009 16:02:16

2

Más tarde, me enteré de lo siguiente:

A las siete y media de la fría y soleada tarde del 13 de abril, Billy McGruder se acercó a un transeúnte en Hammersmith.

—Disculpa. ¿Conoces un bar que se llama The Nine Foot Drop?

—¿El Drop? Sí hombre, claro. Tienes que cruzar Broadway, subir por King Street y luego coger Ravenscourt Road hasta que llegues a Tofton Avenue. Lo verás a la derecha. Diez minutos a pie. No tienes pérdida. Es un caserón.

—Gracias.

Una vez dentro, todo había salido redondo, sobre ruedas. El hombre fornido del suéter azul estaba allí, según lo previsto, escudriñando a todos los que entraban, bajo un espejo que colgaba por encima de la puerta. De espaldas a Billy, cambió de postura en el taburete en el que estaba sentado delante de la barra para indicarle que lo había visto. Billy se colocó a su lado durante unos instantes, pidió una sidra dulce y la llevó a la mesa acordada. Cuando se sentó, el hombre del suéter azul y una cicatriz de maleante que le atravesaba la cara señaló con la cabeza a un hombre con una gabardina sobre los hombros que se encontraba solo en una mesa, junto a una de las ventanas.

El tipo en cuestión era delgado, de edad indefinida, con el

001-288 diablo.indd 12 11/05/2009 16:02:16

semblante luminoso e inquieto como un armiño. Sus ojos claros parpadeaban inquietos bajo sus pestañas incoloras, sacudía la cabeza por encima de su fino cuello mientras su prominente nuez palpitaba nerviosa justo debajo de la barbilla. De vez en cuando se le crispaban los hombros bajo la gabardina con los mismos gestos rápidos que los de un pájaro que no sabe si quedarse o salir volando, ese instinto aguzado de los débiles, siempre atento al peligro. Vestía de una forma elegante que favorecía su delgadez: botas caras, altas, de piel marrón pulida y brillante (noventa libras mínimo) y una gorra de pana estilo náutico, que llevaba inclinada medio hacia un lado y medio hacia atrás, haciendo resaltar sus cabellos pelirrojos y lacios. En el vaso que tenía delante quedaba menos de la mitad de una pinta de cerveza, cuyos restos de espuma se deslizaban por el interior del vidrio. Billy apartó su vaso de sidra. Apenas tocaba el alcohol. Encendió un cigarrillo, le dio tres caladas y lo apagó. Tampoco fumaba. Eran las señas que confirmaban que tenía claro quién era el blanco.

Billy se cuidó de ser muy meticuloso con las señas acordadas. Si el encargo salía bien, iba a embolsarse una pasta, mil quinientas libras, así que, lógicamente, no quería pifiarla.

No volvió a mirar al blanco. Ya sabía de quién se trataba y con eso tenía suficiente. En realidad, Billy casi nunca miraba a los demás de forma directa y cuando lo hacía, significaba que la persona en cuestión tenía las horas contadas.

Unos minutos después, el tipo fornido se levantó para marcharse. Antes de girarse, dejó un llavero con dos llaves encima de la barra.

—Hasta luego, Tony.

—¡Hasta luego, jefe! ¡Nos vemos, Merrill!

Si Tony Williams, el dueño, que estaba de pie detrás de su barra limpiando un vaso con cara de benevolencia, se dio cuenta de que había dejado las llaves allí, no dio ninguna muestra de haberlas visto. Billy se levantó para dirigirse al servicio de

001-288 diablo.indd 13 11/05/2009 16:02:16

caballeros y se las metió despreocupadamente en el bolsillo al pasar delante de la barra, dando la gran casualidad de que el dueño estaba de espaldas. Ninguno de los clientes que estaban sentados a la barra mencionó la maniobra, aun si se hubieran fijado en ella. No convenía fijarse mucho en lo que pasaba en el bar The Nine Foot Drop.

Después de entrar en el servicio de caballeros, con su habitual olor acre a desinfectante, pasó por delante del urinario, se metió en el único retrete que había y corrió el pestillo. Sacó las llaves de un bolsillo, unos guantes finos de otro, y se los puso. Frotó las llaves a conciencia y echó un vistazo a la etiqueta de papel atada al llavero. Memorizó la matrícula del coche, arrancó la etiqueta, la hizo trizas y las echó a la taza del váter. Finalmente, tiró de la cadena. No se molestó en revisar el resto del equipo; ya lo había hecho antes de salir de casa para acudir a la cita. Sabía que llevaba todo lo que iba a necesitar en un maletín que en ningún momento había perdido de vista y que ahora mismo estaba a su lado.

Volvió a entrar en el bar, se acercó tranquilamente a una ventana y miró a la calle para comprobar que estuviera aparcado el coche cuya matrícula había memorizado. Dentro, todo seguía como antes, salvo que alguien había ocupado el taburete del hombre fornido delante del dispensador de cerveza Kronenbourg. Billy vio que el blanco seguía sentado a la mesa, eso sí, y vamos, que peor para él. Algunas de las mujeres en el bar estaban mirando a Billy con admiración, tomándolo por el empresario joven y pulcro con maletín ejecutivo que aparentaba. Lo que no podían imaginarse era que en menos de una hora, estaría completamente desnudo, sacando y preparando con esmero todo lo que llevaba en el maletín. De ninguna forma podían imaginarse lo que había metido en él.

Billy se preguntó si después de todo, el hombre quizá estuviera esperando a alguien de verdad. Las cosas iban a complicarse mucho si aparecía otra persona. A Billy le habían asegu-

001-288 diablo.indd 14 11/05/2009 16:02:16

rado que no esperaba a nadie, que le habían organizado una cita falsa con otro tipo que le iba a dar plantón. Pero estas cosas nunca se sabían. Sirviéndose de los espejos, Billy lo observó cuando cogió el vaso y le dio una vuelta, indeciso sobre si pedirse otra pinta de cerveza. Y lo siguió observando hasta que el blanco se decidió, vació el vaso de un trago, y se levantó.

001-288 diablo.indd 15 11/05/2009 16:02:16